



AYER Y HOY



N.º 41

Mayo - Junio 1954

NUESTRA PORTADA

Puerta del Puente de Alcántara,

por Emiliano Castaños.

Sobre el Concurso Periodístico del Ayuntamiento

La Comisión Municipal de Arte del Excmo. Ayuntamiento de Toledo, nos ruega publiquemos la siguiente nota: «Por un error en la impresión de las Bases de este Concurso, que hace que no haya concordancia entre las fechas de publicación de los trabajos y la de presentación de los mismos, el plazo fijado en la Base Tercera será hasta el 30 DE SEPTIEMBRE DE 1954. Toledo, 24 de Junio de 1954.—El Presidente de la Comisión Municipal de Arte.—E. Abel de la Cruz.



“LOS AMIGOS DE LAS CAMPANAS”, EN TOLEDO

El día 23 de Mayo celebró su primera reunión este grupo de escritores y artistas bajo la campana gorda de la torre de la Catedral. Inauguró la sesión el Secretario General de la Asociación, Diego Antonio Casanova, que habló de la campana en lo universal: desde las de las misiones de Alaska hasta las de El Cabo, de las que tañen los campaneros de Occidente y las que golpean los bonzos del Japón; de las campanas musicales de China y Java y de las no menos musicales —ya torreras— de los campanarios de Flandes y Michigan; de las que abren la Bolsa en Amsterdam y el mercado de flores en Ventimiglia. Aludió después al libro del Dr. Marañón «Elogio y nostalgia de Toledo», en donde se describe con la máxima belleza literaria la poesía de las campanas toledanas, desde las espadañas mongiles hasta la sonora y majestuosa campana gorda.

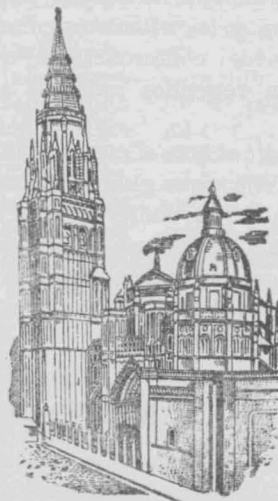
A continuación el poeta Federico Muelas, Cronista Oficial de Cuenca, refirió con su estilo vivaz y chispeante el vuelo que sobre una campana realizó, desde Valladolid a Roma, el Licenciado Torralba.

El Arquitecto Miguel Fisac aludió a la campana de una ciudad que visitó en Suecia, que en lugar de rematar una torre de iglesia coronaba, por ironía del destino, el colosal basurero del Municipio.

Enrique Laborde, periodista an-

daluz, hizo uso de su palabra ocu-
rrente y graciosa, para hablar de
las campanas que dan nombre a
tabernas y bares malagueños.

Enrique de la Hoz, Director de la



Escuela de Arte Dramático de Bogotá, evocó las que sonaban en un convento de su patria por altavoces, precediendo a la misa, con músicas de Albéniz. Raimundo de los Reyes, del diario «YA», conocido entre nuestros asociados por su valiosa intervención poética que a finales del pasado año se dedicó a San Juan de la Cruz, dijo que en las campanas sus «amigos» debiéramos buscar una auténtica amistad.

Cerró la sesión D. Pedro Mourlane Michelena, Cronista Oficial de Irún, con su palabra siempre exquisita y elegante, que trazó un emocionado canto de exaltación a Toledo y se refirió a las campanas que Dante hace aparecer en su Divina Comedia, «tocando a tercia y a nona».

Tras sus palabras se leyeron las páginas a las que aludimos al principio del Dr. D. Gregorio Marañón, Presidente de la Asociación. Faltaba la curiosa anécdota: el fotógrafo y gran artista Nicolás Muller, se dió un golpe en la cabeza con una campana. Al acabar de hablar don Pedro, le pidió perdón por haberle interrumpido, y el Sr. Mourlane respondió que le perdonaba gustosísimo.

Hemos de hacer constar la gentileza de nuestro asociado Benigno González, que grabó estos discursos en cinta magnetofónica para retransmitirlos por Radio Toledo.

SUMARIO

- «Los amigos de las campanas».
«Venga usted el Corpus a Toledo», *Alfredo Souto Feijóo*.
«La propina», *Pablo G.^a Manzano*.
Página poética, *Fernando Allué*.
«Poesía femenina», *Mario Angel Marrodán*.
«Canto Eucarístico», *J. A. Villa-cañas*.
«Celso», *Alfonso Villagómez*.
«De esa Lola de Darío», *Francisco Zarco Moreno*.
«Dos publicaciones de la Diputación», *Clemente Palencia*.

Los jueves de la Puerta del Sol

**Lectura de poesías originales por
Tertulino Fernández (Jueves, 6 de
Mayo)**

Durante el mes de Mayo, prosiguieron las reuniones culturales de *Estilo* en su domicilio social, en las que fué aumentando la asistencia. El primer jueves del mes, día 6, actuó el poeta D. Tertulino Fernández, leyendo gran parte de su obra poética. Encantó al auditorio la musicalidad, perfección métrica y variedad en las composiciones, teniendo que repetir algunas poesías. La señorita Victoria Higuera declamó magníficamente la titulada «Alamo del río». Los asistentes tributaron prolongados aplausos al señor Fernández Calvo, y a continuación intervinieron en el coloquio la profesora de la Escuela del Magisterio doña Ana de la Quintana, el señor Allué y otros distinguidos asociados de *Estilo*. Don Tertulino Fernández contestó a todos poniendo en relieve el valor de sus formas clásicas como mantenedoras del verso; fué también muy aplaudido en esta segunda actuación.

**Conferencia de D. José Pastor
(Jueves 13)**

El catedrático de Geografía e Historia del Instituto Nacional de Enseñanza Media y académico de la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas don José Pastor, disertó sobre el tema «Polémicas en torno a Gibraltar».

Glosó los distintos testimonios de escritores de todas las ideas políticas, de nacionales y extranjeros, y manifestó cómo era unánime el dolor de los españoles al seguir en poder de Inglaterra este pedazo del suelo patrio.

«Es un reducto masónico —dijo el señor Pastor— que atenta constantemente contra nuestros mejores proyectos; es una ventana indiscreta abierta a nuestra intimidad».

Demostó lo que significa geográficamente la posesión de un punto por el que cruzan ríos de riqueza procedentes de todo el mundo y siempre bajo la vigilancia inglesa, invocando preciosos argumentos de la Historia que prueban la injusta ocupación del Peñón.

Durante una hora, que se hizo brevísima, encantó la amena exposición del tema y los vibrantes comentarios políticos del conferenciante, que despertaron repetidos aplausos al auditorio.

Presidió el acto el coronel D. Alfredo Souto Feijóo, que glosó algunos pensamientos de la conferencia, e intervinieron en el coloquio numerosos asistentes, que tributaron al final aplausos y felicitaciones a D. José Pastor por su magnífico discurso.

**Conferencia de D. Guillermo Téllez
(Jueves 20)**

La última conferencia de este ciclo fué desarrollada por el académico y profesor D. Guillermo Téllez. El tema

y la personalidad del conferenciante atrajo tan numeroso auditorio que gran parte de los asistentes hubieron de oírle en pie, sin dar muestra de contrariedad ni de cansancio.

Tocó los problemas más discutidos en la vida y en la obra del Greco, especialmente lo que se refiere al retrato, añadiendo comentarios del máximo interés entre la técnica idealizante del Greco (figuras envueltas en paños, rostros aureolados eternamente jóvenes) y la fuerza realista de los de Velázquez o el tono frío y convencional de otros pintores.

«Su temperamento rebelde, dijo, se acomoda a una disciplina de método, gracias a su trato con humanistas y teólogos toledanos. Sus caras expresivas tienen un sello de bondad, con las que quiso inmortalizarlas el cretense.»

Trató después de los problemas del color, de la pintura y su preparación en aquella época y de la visión del tema pictórico que tuvo, hasta tal extremo que el Greco estará siempre en palpitante actualidad artística.

El coloquio fué sostenido por el señor Allué y por otros asistentes, a los que contestó el Sr. Téllez con nuevas aportaciones culturales sobre el gran pintor.

Cerró el acto y dió por terminado este ciclo D. Clemente Palencia, resumiendo el asunto de las siete conferencias que se celebraron durante Abril y Mayo y aplazando para mediados de Octubre las restantes. Todos los que intervinieron fueron muy aplaudidos y felicitados.—J. L. S.

La VII Exposición de Arte de Primavera

En la Galería alta del Ayuntamiento se celebró la 7.^a Exposición de Arte, de «Estilo». Duró desde el 16 al 22 de Junio, coincidiendo con las solemnidades del Corpus Christi, por lo que fué más visitada por personal extraño a la ciudad. Expusieron: Gregorio Villarroel, Francisco Sales Córdoba, Francisco Robles, Luis Rodríguez, María Pilar Hurtado, Andrés Marañón, Germán Labrado, Manuel Romero Carrión, Pedro Aguado, Antonio Delgado, Eduarda Muñoz, Antonio Maeso, Alfonso Bacheti, Manuel Martín Pintado, Javier Lillo, Félix Muncharaz, María Luisa García Pardo, Enrique Vera y Emiliano Castaños. Fuera de concurso, se admitió la bonita y delicada colección de dibujos de Rafael Payo Subiza y un jarrón de cerámica de Manuel Santiago. En

escultura expusieron: Máximo Revenga, Armando Fernández Fraile y Francisco García López.

Fueron premiados: Señorita María Luisa García Pardo (Pintura), Premio «Alcázar de Toledo», patrocinado por el Excmo. Sr. Gobernador Civil. Armando Fernández Fraile (Escultura), Premio «Toledo», del Excmo. Ayuntamiento. Francisco García, Premio «Provincial de Toledo»; adjudicado a Escultura por ausencia de obras de Artesanía, patrocinado por la Excelentísima Diputación Provincial. Señorita Eduarda Muñoz de la Quintana (Dibujo), Premio «Tristán», patrocinado por «Estilo». Manuel Santiago Ludeña, Premio «Alcora», de cerámica, instituido por el Excmo. Sr. Conde de Casal.

PREMIO «CERVANTES» DE 1954

VENGA USTED EL CORPUS A TOLEDO

—Créame, amigo: Para comprender lo que es el Corpus en Toledo, es preciso haberlo «vivido» varias veces; y, en cada vez, verlo desde una faceta distinta, a fin de resanar, en lo posible, la gama iriscente de su policromía material y espiritual en una sola impresión omnímoda, cual los colores del arco iris, al girar del kaleidoscopio, funden en el blanco.

—Sí, sí, ya sé que cabe imaginárselo a través de descripciones más o menos amplias que dan las guías turísticas, acompañadas de «fotos» más o menos diestramente obtenidas, pero... insisto, amigo lector, en que es preciso «vivirlo», pues, las palabras, en efecto, aunque mucho ayudan a nuestra comprensión, no existen en el diccionario aquellas que pudieran ponernos en el trance emocional adecuado.

—Tenga usted en cuenta, señor, que una flor apenas «nos dice» algo si no aspiramos su perfume; que una tormenta, al relatarla, no sobrecoge nuestro ánimo y sí el haberla sufrido; que todavía nadie pudo hallar palabras para describir el fragor de un combate, aún habiendo sido su protagonista... Pudiera seguir poniéndole muchos ejemplos.

—Y si tratándose de cosas materiales ocurre esto, ¿qué no sucederá al referirme al hecho espiritual por excelencia, al «Cuerpo de Cristo» real y verdadero, bajo la especie de pan, paseando triunfalmente por las rúas toledanas?... Nombro las rúas toledanas, porque todo hecho tiene su «ambiente», no me lo negará usted. Así, es difícil, por no decir imposible, que nosotros, los europeos, podamos creer que nuestros antecos, en pleno verano decembrino, se den cuenta del frío que pasó el Mesías al nacer. Reduciendo más el campo de la reflexión, es difícil también que los ribereños del «mare nostrum» tengan reacciones similares a los escandinavos ante una misma causa temperamental. Y aún, circunscribiéndonos al «Corpus Christi», no «habla» lo mismo a nuestro corazón presenciando su desfile, desprovisto de «marco» a propósito, que rodeado de escenotecnia y pompa —manifestaciones externas— impregnadas de luz y color —impresiones sensoriales—.

—Son muchas las circunstancias, amigo mío, que pueden presentarse, y cada una de ellas nos da la visión de una faceta distinta, según la tónica imperante. Habrá otras poblaciones, no lo dudo, donde el esplendor supere al toledano, en demérito de otra u otras facetas; donde la luz hiera con más fuerza, en perjuicio de la visión reconcentrada; donde el cortejo sea más brillante, distrayéndonos de la introspección mental; donde la alfombra callejera sea más florida, en detrimento de la severidad adecuada; donde el trayecto sea a lo largo de amplias y modernas calles, en que la historia no exista o sea vacua. Sí, sí, muy bonito, muy espectacular, muy «teatral», para recreo fugaz de la vista. Pero... no profundiza, no ahonda en lo más íntimo, haciendo vibrar hasta las fibras más ocultas y pristinas de nuestro ser.

—¿Y... esto ocurre en Toledo?, —me pregunta usted—. Sí, señor, créame: en Toledo se añan y complementan los múltiples y variados aspectos fundamentales en otros lugares. El Corpus en Toledo no tiene disonancias, no presenta matices «chillones»; no «grita», «llama»; no esfuerza, sugiere; no vocea, susurra; no arrebatá bruscamente al espíritu, lo eleva dulce y mansamente; no nos «moja» con goterones tempestuosos, nos «rocia» con esa lluvia acariciante que penetra hondo, muy hondo... No es, pues, uno de tantos espectáculos típicos que a lo largo y ancho de nuestra patria pueden admirarse, no, es único e incomparable.

—No se sonría escéptico, señor. Ya le he dicho que las palabras son pobres para dar cuenta de actos sublimes. Sólo puedo inducirle a que venga a esta ciudad y lo presencie, advirtiéndole que no pretenda asumir de golpe toda su grandiosidad, pues no podría y se sentiría decepcionado, en la impotencia de captar esta suprema manifestación religiosa. Yo le aconsejo el fijarse un año en el «marco» por donde discurre el Santísimo; otro, en el estudio de la Custodia, joya sin par de la orfebrería artística, con renombre

universal; otro, en el séquito y secuencias litúrgicas; otro, en el ambiente de luz y color y su adecuación al momento eucarístico. Como sucede con los buenos manjares —salvando respetuosamente la ingente distancia— cate poco a poco, libe, paladee, saboree, recréese al asimilar cualquier aspecto de asunto. Ponga en tensión solamente un sentido para aprovechar la quinta esencia del acto, aunque no queden, claro está, los demás embotados, pues, si esto ocurriese, no habría armonía posible; vea, si lo prefiere, el lustre y esplendor del procesional discurso; escuche, si lo desea (más con el alma que con el oído), el tintineo arrítmico de las campanillas custodiales —otra clase de música, no, ¡por favor!, rompería el encanto—; o aspire con fruición el aroma inconfundible del ambiente en día tan señalado, si tal es su gusto. Cualquiera de estas facetas le llevará irremisiblemente a «entrar en situación» y ya, prendido en el hechizo, disfrutar de un espectáculo incomparable. Sí, señor, incomparable... e indescriptible; incomparable, por su grandiosidad, e indescriptible, porque, ¿a qué repetirlo?, nadie alcanza a narrarlo con propiedad.

—Ahoa bien, todo resultaría frío, hierático, inocuo, no heriría nuestra sensibilidad, si careciese de «ambiente», si no le rodeara ese sutil flúido pseudo-anímico, que da la pátina de las piedras multiseculares y que, según su estilo arquitectónico, nos hablan de la impronta que en esta ciudad privilegiada dejaron cuatro civilizaciones milenarias —romana, hebraica, gótica y cristiana, con el importante aditamento de la mozárabe— ora aisladas, ora en transición, ora amalgamadas, y cuya feliz conjunción dan la resultante de una ciudad única en el mundo.

—¡Toledo! Urbe ancestral con soplo célico, ya de por sí la ciudad imperial, el trono del César, desde el cual regia los destinos de un mundo en que jamás se ponía el sol, es un escenario adecuado a que Su Divina Majestad campee en exhibición procesional. «A tal Señor, tal honor». Una ilustre personalidad dijo en memorable ocasión que «España es una cosa muy seria». Pero, es que la «seriedad» no se compra ni se adquiere, cual un bien material, sino que se forma anímicamente y se hereda con peculiar idiosincrasia; la seriedad hispana es símbolo y sinónimo de presancia, caballerosidad, fe y hombría de bien, con raigambre ancestral. Y así como todo ser humano se manifiesta al impulso de su corazón, regido por el cerebro, en los países sucede lo mismo; hay que inquirir, pues, dónde residen esos órganos nobles, para saber la causa determinante del comportamiento nacional. Durante centurias y centurias, fué Toledo el «caput hispaniae»; centurias y centurias fué Toledo el luminar de la sapiencia europea, en sus aspectos sacro, civil y castrense. Eruditos filósofos, eminentes humanistas, sabios teólogos, eximios científicos, sutiles artífices, heroicos y denonados capitanes, grandes literatos, músicos y poetas, acudían a las aulas de esta capital para desarrollar su inteligencia y beber en las cristalinas fuentes del saber humano, con el fin de asimilar y poner en práctica lo ideado y lo aprendido.

—El nombre de Toledo, señor que me lee, resonaba por todo el ámbito terráqueo. Toledo era la palabra mágica que impulsaba e impulsa a la humanidad a visitarla. Toledo era el marchamo y blasón que daba rango y prestigio a cuantos por aquí pasaban, sin distinción de razas, religiones y clases sociales; porque Toledo, con carácter de universalidad, «universidad» en el aspecto técnico y profesional, abría sus puertas a las gentes que quisieran recibir el soplo de los puros conocimientos.

—Los hombres y los pueblos tienen sus destinos marcados por el dedo de Dios; los hechos no suceden de un modo arbitrario e ilógico; los lugares no son escenarios inadecuados para altos menesteres; por el contrario, hay lugares precisos, concretos, aptos para grandiosos fines. Uno de éstos es Toledo, sede de San Eugenio y San Ildefonso, primada de arzobispados hispanos, ciudad donde se celebraron el mayor número de concilios y de más trascendencia católica, sitio donde se forjaron fundamentales códigos estatales, cuna de los más esclarecidos varones...

—Con estos antecedentes, Toledo no podía declinar; pesan mucho sobre su historia siglos y siglos de tradición católica y racial; por ende, se afana en que el máximo exponente del dogma religioso, el «Corpus Christi», rebose de majestuosa y severa ostentación, cual corresponde al Hijo vivo del Padre Eterno.—ALFREDO SOUTO FEIJÓO.

LA PROPINA

Don Anselmo era aficionado al «cine». Pero ésto, hoy día, no tendría gran importancia, al engrosar este señor el inmenso rebaño que pasta por la deslumbrante pradera de este arte, un poco minúsculo por ser el benjamín. Pero es que él no entendía el espectáculo de un modo unilateral ni lo veía con ojos artísticos; él hacía un caprichoso —pero no exento de fundamento— deslinde de este invento francés: lo consideraba como arte en sí y como arte de ir a él, de acudir a presenciarse. A don Anselmo sólo le interesaba la última.

Y es que, como decía el buen señor, no todo el mundo sabe ir al «cine» o al teatro. El sólo podía presumir de lo primero, pues por aquellos andurriales de su ciudad provinciana, era flor exótica el teatro. De haberse conocido estoy seguro que don Anselmo hubiera tenido un campo mucho mejor abonado para explayar todos sus conocimientos, pues el teatro tiene palcos con elegantes damas dentro, prismáticos nacardos, etc., etc.; pero se tenía que conformar con el celuloide, más recordadito en «lo sociable», como él decía.

En el fondo, sin embargo, le venía a resultar igual presenciar un drama de Benavente que una comedia musical de la «Metro», y si le apretaban se quedaba con el tecnicolor. Se explica ésto porque don Anselmo iba al «cine», no a ver la película, y de tal forma es esto cierto que hay quienes aseguran haberle oído decir que para él era lo mismo sentarse delante de la pantalla en blanco con tal que estuviesen ocupadas las butacas y en su sitio los acomodadores. (La generalidad de la gente considera necesarios para el «cine» tres ingredientes: la obra filmica, el público y los acomodadores; pues bien, a este señor le bastaba con los dos últimos).

Para este raro ser lo interesante duraba hasta el comienzo de la proyección y lo único que pretendía era cambiar sus pesetas por darse el gusto de pasear entre las filas su oronda humanidad, convertido en cobaya de cada uno de aquellos fisgones. Y el dinero que gastaba en ésto era el que con menos dolor salía de su faltriquera.

Desde luego que no iba a diario, pues —como argumentaba él— el placer al hacerse habitual dejaría de ser tal para convertirse en vicio y don

Anselmo no era un vicioso. Pero por el extremo contrario de su dialéctica, se caía bien en la cuenta de que lo que buscaba el muy sibarita era el refinamiento: si no iba todos los días no era porque la costumbre le quitase el sabor, sino porque espaciándolo le sabía mejor. Esto, claro es, además de que tal periodicidad sería atentatoria a su economía, no muy saludable por aquel entonces.

A don Anselmo no se le conocía otra afición. El no acudía a vocear a los estadios ni a airear el pañuelo en los cosos, espectáculos que, a su juicio, entrañaban un riesgo que les era consustancial y que cuando menos, se quedaba en una faringitis. Sólo le interesaban los mal llamados deportes de salón.

Tampoco se le conocía profesión, oficio ni beneficio —aparte del de ser soltero—; algunos decían que pertenecía a la envidiada especie de los rentistas, pero los más cuando se veían forzados a encasillarle, afirmaban de él que «iba al cine todos los domingos y fiestas, a la segunda sesión».

Pero por ser esto notable en el citado señor, su adiposidad más apreciable era la manía de la propina, manía que en él había llegado a ser morbosa, digna de una monografía de algún alienista. (Yo no sé si lo he soñado o si algún autor de años atrás definió la propina diciendo que era «el consuelo y paño de lágrimas de los que no pueden regalar algo que merezca la pena», y la hacía guardar una relación con el regalo equivalente con la de la moto al automóvil).

Sinceramente, no le conocí lo bastante a don Anselmo para saber si perseguía esta finalidad compensatoria y de desahogo cuando largaba el montoncito de calderilla al acomodador; sólo sé que para él esto era imprescindible.

Y por si entre los lectores hay algún incrédulo, voy a referir lo que le sucedió un día a este buen hombre y que yo lo sé de fuentes muy acreditadas:

Llegó un domingo, cualquiera de los que el calendario coloreaba en rojo, y el buen señor se dispuso a comenzar los preparativos de su distracción favorita. Y comenzó el ritual. Metió cuatro veces el dedo por entre el marcador de su teléfono y se produjo un diálogo que si no fué éste, poco le faltó:

—Soy don Anselmo, Pepe; ya sabes, recordarte lo de siempre.

—¡Ah sí! no lo olvido, fila diez, el dos ¿no es eso?

—Exacto, eso es.

—Además hoy ponen una muy buena; se llama... no se qué del destino.

—Bueno, es lo mismo. Irá gente, ¿no?

—Sí, sí, claro. Hasta luego don Anselmo.

Hasta luego.

Unas cuantas horas después y tras de haberse colocado su terno más decente, don Anselmo cogía el camino del «cine». Se iba deleitando ya por anticipado. Pensaba, mirando abstraído sobre la acera, que el mejor momento del domingo era para él éste en que saboreaba unos minutos antes toda la serie de circunstancias que se desarrollarían conforme a su plan previo. También se consideraba feliz, pues había otros pobres hombres que no podían ir al cine y le daba lástima de los que veía entrar en las tabernas.

Al fin llegó ante el edificio, al que estaba adosado un letrero luminoso en letras mitad verdes y mitad rojas y más arriba un cartelón en el que aparecía un rostro de hombre y otro de mujer bastante cercanos, y al fondo, un choque de automóviles. Había unos cuantos chiquillos mirando el cartel como extasiados y que atosigaban al que se acercaba a taquilla, pidiéndole el «pogramita».

Don Anselmo, eludiendo la fila, se introdujo en la taquilla y salió de ella sonriente con su localidad. Al entrar, los dos porteros le cortaron el pedacito de papel sin violencia y le saludaron reverenciosos, como cliente asiduo. Se adentró en el vestíbulo con paso lento, mezclándose con la gente y con el humo, que lo envolvía todo.

Pasaba por entre los corrillos escuchando lo que decían, aunque a él no le interesaba nada sobre lo que hablaban; de vez en vez, se tocaba el sombrero, eran compañeros de afición, mas no formaba tertulia con ninguno.

Cuando acabó su pitillo lo tiró en la escupidera y se dispuso a entrar en la sala. Ya estaba casi llena: era el momento. Se plantó en medio de la puerta para que lo viera algún acomodador y, efectivamente, uno de ellos le avizoró al tiempo que daba las gracias a una pareja que acababa de colocar en la fila 21 y se dirigió en una carrerita

al encuentro del cliente fijo. El embotonado subalterno le sonrió:

—¿Donde siempre, don Anselmo?

—Sí, donde siempre, ya sabes.

Y precedido del acomodador, el hombre, de acuerdo con su protocolo, se deslizó grave, muy reposadamente, por el pasillo central, pisando la alfombra granate. Miraba sesgadamente tanto a los pares como a los impares; sabía que todos estaban pendientes de él, que muchos ojos le miraban y algunos intentaban calarle como si fueran a hacerle la radiografía. Observaba cómo alguna cabeza se inclinaba a la de al lado y nacía un cuchicheo. Así hasta la décima fila. Había llegado el momento esperado: el empleado le bajó la butaca, luego la mano izquierda entregó la localidad a don Anselmo, mientras la derecha, por inercia, se extendía ante él ligeramente curvada.

De repente, a don Anselmo se le coloreó la cara de tal forma, que hacía juego con el tapizado de las butacas y la alfombra; y a este tono, sucedió otro lívido, como si estuviera atacado de ictericia. Toda esta serie de tonalidades estaba motivada porque su mano, al llegar al fondo del bolsillo, sólo tocó algunas briznas de tabaco y el llavero.

¡Se había cambiado de traje y el dinero estaba ahora descansando en casa!

Y ahora, ¿qué haría él? Sabía que en su cuello y en su mano —la mano que aún no había sacado del bolsillo— estaban puestas las miradas de todos. ¿Qué iba a pensar toda esa gente endomingada si no llenaba aquella mano de calderilla resobada? ¿Y cómo decía él al acomodador que se le había olvidado el dinero; se lo creería? Lo único que creerían todos —pensaba sudando don Anselmo— era que estaba arruinado. Pero su sudor vino a darle una ida y le dijo al del uniforme gris:

Perdone, me he puesto enfermo, me siento mal.

Y dejando al otro con la boca abierta y la mano semiabierta, subió el pasillo deprisa, con la cabeza gacha y estrujando en el bolsillo la localidad. Cuando salió a la calle respiró. Se sentía empequeñecido, a estas horas toda la sala sería una pura carcajada a su costa.

Los mismos chiquillos que al pasar le pidieron el programa, le renovaron su petición como moscas pegajosas. El hombre, casi sin darse cuenta, sacó la localidad y se la tendió al más cercano, un pelirrojo que le puso unos

ojos muy alegres y empezó a dar saltos con el papelito arrugado en la mano entre el griterío de los demás. Mientras, el buen hombre había desaparecido y entilaba el camino de su casa como un soldado derrotado.

Cuando pasó delante de una taberna, salían unos hombres comentando las jugadas de mus. ¡Qué envidia le daban: si él supiera entender aquellos naipes mugrientos y beber vino en la botella con caña! Siguió rumiando pensamientos, sin mirar a nadie. Al andar contraía los músculos como si con ello se impusiera disciplinas. Al entrar en su casa, se derrengó en la primera butaca que encontró. Estuvo así con los ojos cerrado mucho tiempo, los puños apretados. Al cabo de un rato, entreabrió los labios y dicen que masculló: —Menos mal; al fin y al cabo, he hecho una obra de caridad.

Don Anselmo estuvo una temporada sin ejercer su profesión de aficionado, pero al fin, como los buenos toreros, hubo de volver. La diferencia está en que ahora dicen algunos —los que creen saberlo todo— que el buen señor se palpa bien los bolsillos antes de salir de casa.

PABLO GARCÍA MANZANO

LOS ESTRENOS TEATRALES

“¡Las diez de últimas!” De ALFREDO SOUTO FEIJOO

El día 19 de Junio, en el Teatro de Rojas de esta capital, nuestro colaborador, señor Souto, nos ofreció el estreno de la comedia cómica en tres actos «¡Las diez de últimas!». Aunque el asunto es de los que han sido llevados a escena bastantes veces (el señor que ve invadida su vivienda por una colección de personas «pulpo», acaudilladas por «el fresco», y se ve y se desea para librarse de ellas), el autor supo rodearlo de algunas escenas originales que le acreditan como ducho en estos menesteres.

Dado el carácter de la obra, cumplió con creces su cometido: hacer reír y pasar distraídamente las dos horas consabidas a un público que acudió en gran número a la sala, con la curiosidad de conocer una nueva faceta de nuestro colaborador, ya leído en la prensa y escuchado a través de la radio, y que le retribuyó con nutridos aplausos al final del primer acto, una ovación cerrada al terminar el segundo y grandes aplausos al fin del tercero, que resonarían como en el ante-

rior, si algunos intérpretes se supieran mejor sus papeles y no diesen lugar a vacilaciones que mermaron la brillantez del final. El autor salió llamado a escena al terminar los actos segundo y tercero.

En nuestra labor de crítica, nos permitimos aconsejar al señor Souto «peine» un poco el primer acto y lo libre de algún parlamento largo, con ello ganaría aún más la obra. Si en otra clase de producciones teatrales, como acto de exposición, puede disculparse, en estas cómicas, cuanto antes se vaya a la acción, mejor.

De los intérpretes, muy bien Manolo Carrera, que, maestro en la comicidad, dió vida al papel de Gonzalo, «el fresco», así como Nieves Labrado al de Azucena, la protagonista, y Eusebio González, que llevó el peso de la obra interpretando el papel principal, Enrique. El resto de la compañía, bien, aunque acusando el lunar de la falta de ensayo ya expuesto.

En suma, el señor Souto salió airoso de la prueba, y, con nuestra felicitación, cerramos estos comentarios.

TRASLUCIDO TIEMPO

I

NIÑO DORMIDO

Ya se palpa el silencio, ya se besa
su tranquilo volumen. Se ha tendido
el niño en él, y en él yace dormido.
¡Qué traslúcido tiempo! No, no pesa

la gravedad que el lecho lleva impresa.
Música sin palabra, sin sonido,
va destilando el imposible olvido:
Moja la sien feliz, la gracia presa.

Duerme el niño su sueño con la frente
limpísima: Cristal tan transparente
que en él afluyen mundos a mirarse.

Mi vida —aún sin ribera— está en su puesto:
sé que mi eternidad, mi Dios, es esto.
¡Hacia él vuelan mis alas a gozarse!

III

BAJO EL SOL

Y aquí los dos, al sol. En el instante
más puro, en el regalo prodigioso
de un abril —de este abril—, en donde poso
ojos y dedos con temblor amante,

contemplo tu figura, tu anhelante
ir y venir hacia el fugaz reposo.
Arriba, abajo, el aire rumoroso
goza un inmenso azul, detrás, delante.

En milagro increíble derramado,
alma perenne de perenne ahora,
rosas de besos con los labios ciño.

Tú das la vida —sueño no soñado,
ilimitado límite de aurora
que vibra en tactos de ternura: Niño.

II

PALABRAS

Sí, sí, te escucho; sí, tu lengua hable
trasmitiendo milagro repetido.
Un incendio de sílabas te pido,
fuego en lluvia de luz: Ya el inefable

rico fluir de labio tiende cable
para verter sus joyas en mi oído.
¡Qué bien escucho! Todo estremecido
sorbo, bebo tu voz, alma palpable.

Sí, niño mío, sí, dame palabras,
más palabras: Palabras con que labras
estos duros terrones de mi pecho.

Me miro en el azogue de tu idioma,
y un aleteo mudo de paloma
me saluda en sonrisas desde el lecho.

IV

JUEGO

¡Qué relieves en júbilo si tocas
los juguetes, los muebles, las cortinas!
¡Cuán prodigiosamente haces divinas
—estupefactas ya— frentes y bocas!

Todo es ansia por ti: Ramas y rocas,
árboles del jardín, piedras que hacinas...
Se ha detenido el tiempo en las retinas,
maravillado de tus manos locas.

Pequeño: juega, juega. Es el momento.
¡Eternidad sin años, suspendida
en las glorias astrales, en el viento!

Se paran los relojes para oírte.
Y el corazón —tic tac— abre la vida
para gozar tu voz, para sentirte.

E M P O

Por FERNANDO ALLUÉ Y MORER

Premio de selección de la revista nacional «Juventud», de Madrid (3 de Junio de 1954)

V

EL PARAÍSO

Ya el paraíso del jardín te espera
impaciente de plantas, impaciente;
abriendo entre los arcos su incipiente
primavera a tu nueva primavera.

Todo está preparado a la primera
comuni6n de las hojas con tu frente.
Mira cómo te miran con urgente
rayo de amor la flor, la enredadera.

Y ese perro también, perro sin dueño
que te sigue sumiso —sombra y sueño—,
buscando la caricia de tus manos.

Y los patos también. Y el pez de plata.
Y el cristal del reguero, que desata
para tí sus diamantes soberanos.

VI

LA TERRAZA

Y la terraza te presiente sola:
te abraza, te rodea, te perfila.
Pero, ¿eres tú o es ella quien destila
todas las albas en cada corola?

¡Oh pérgolas en juego! Batahola
de tiestos, de columnas... La pupila
vaga en espejos, en pretilos: Dila
que tú eres rey, que es ella quien se inmola

al arbitrio eventual de tu ejercicio.
Juegas y juegas: Bello, rubio, tierno,
tienes auras y cielo a tu servicio.

¡Bien lo sé! Y las mudables perspectivas
—primavera, verano, otoño, invierno—
toman la luz de tus hazañas vivas.

VII

JINETE

Con caballito de madera corres
—jinete inmemorial de la pradera,
flor indomada de la primavera—,
a la sombra morada de las torres.

¡Universo vernáculo! No borres,
niño fugaz, con tu fugaz madera,
arqueológico asilo donde espera
el prisionero mundo que recorres.

Caballero sin horas ni secreto,
arrancas a los muros y las ruinas
espuela milenaria en luz y grito.

Mas a tu virgen orden me someto
cuando al ijar insobornable inclinas
ímpetus verdaderos de infinito.

VIII

ELEVACIÓN

Te prendo entre mis brazos, te levanto
—oh, ingrátido tesoro—, te alzo en vilo.
No pesas. Tu sonrisa te da estilo
de pájaro, de nube, de aéreo canto.

Te estrecho con mi pecho. Mira cuánto
fervor tienen mis dedos, cómo afilo
con ellos mi emoción cuando intranquilo
ciño a mi corazón tu cuerpo santo.

El mundo nos envuelve en su distancia
mojada de rumores siderales.
Tú y yo fundidos, uno: Resonancia

plenaria de la dicha presentida.
¡Y transportes de amor —sueños reales—
nos alzan hasta Dios desde la vida!

MARIO ANGEL MARRODÁN

Poesía Femenina

CLEMENCIA LABORDA

Arraigada en una poética de tendencia movilizadora entre la que pudiéramos llamar evidencia neorromántica y otra facultad innata hasta el culmen de una personalidad natural, su fondo de remozar postulados sentimentales y apasionados hechizos, ocasiona un subido reparo y un adentramiento evaluador. Casi pudiera titularse como poesía del instinto, aunque ésta vaya confirmada por la delicadeza interior y mantenga en su conformación una intuición de estilos, si a veces lejana, siempre tradicional y observadoramente puesta al día en personales efectos.

Aparte aquel libro directo —y ya habrá ocasión de demostrar su lírica sutileza—, «Jardines bajo la lluvia» (Madrid, 1944), hoy enfoca aquella simultaneidad de participación temática en bastantes poemas no recogidos y dentro de otro libro inédito, «Retorno a la provincia», prevalece, bajo un decir de extrema sencillez, un manifiesto popularismo.

SOLO DE LLUVIA

**Hila lluvia la rueca de los vientos
y desgrana armonías en las rosas,
¡se mojan las volantes mariposas!,
¡se mojan los morados pensamientos!**

**La lluvia se eterniza en trinos lentos,
meciéndose en el musgo de las losas,
se detiene, temblando, en las airosas
corolas y en los pétalos sedientos.**

**Abre fuego de gotas y dispara
descargas cristalinas a las flores
que reciben heridas de agua clara,**

**o en provincia de aromas y colores,
del cepo de las nubes se separa
y baja en biselados ascensores.**

CLEMENCIA LABORDA

SONETO

*Porque te siento, y no te siento, el frío
de ser y de no ser, me toma y deja,
y en la duda —si, no—, se alza la queja
que hace desierto del lugar umbrío.*

*Porque entre ambas orillas corre el río
en cuyas aguas de cristal refleja
una, la luz que mi dolor aleja,
y otra, la sombra en que nació el hastío.*

*Porque si es la victoria quien me canta
y su júbilo estalla en la garganta
con voz de humo hasta la limpia estrella,*

*bien pronto es la fulgurante espada
de su fugaz victoria despojada
y yo, en su triste declinar, con ella.*

RAFAEL PALMA

PREMIO «GARCILASO», DE 1954

Canto Eucarístico

Hay humildad en la luz, auroras nuevas
lavadas con el agua del Angelus.
¡Hay una brevedad del hombre a Cristo
por el trigal abierto!

Existe un tiempo
de harina blanca, y se me va dorando
en la brasa del sol del universo.

Los pájaros se acercan. Viven. Beben
el agua de las plantas en su seno.
Están dentro del aire que respiro
y está fresco el dulzor de su gorjeo.

El mundo tiene sed de gotas de agua
de la mina angustiada de tu pecho.
Desvelado, Señor, como la noche,
te estoy viendo brotar en cada pueblo.
Te estoy viendo llegar corriendo a mares
por todos los arroyos de tu cuerpo,
y tienes tanto afán por repartirte
que prefieres sin fin quedarte muerto.
Te estoy viendo llegar trigo adelante
hasta mi pobre lengua de centeno,
para cambiar conmigo unas palabras
de pan de mi oración por tu silencio.

También para morir te vas privando
y dejando a los hombres tu alimento.
Estás llevando la Verdad tan honda
que estoy conmigo por vivir adentro.

Hay un pequeño altar sobre la tierra
donde mi frente mueve tu silencio,
pues tienes a los pájaros y al hombre
ya entre la flor de su ilusión abiertos,
y están elaborando su mensaje
con el pan de tu voz. Están haciendo
su canto celestial. Y van hilando
en la rueca del sol de tu Misterio.

(Hay humildad en la luz, y estoy pensando
que el mundo está saltando de contento).

JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

C E L S O

(CUENTO DEL WOLFRAMIO)

—¡Rapaces, hay que moler todo el montón para esta noche!— Y el tío Belisario señaló con su bastón la mole de piedras negras que estaban tiradas en medio de la plazoleta, que formaban los barracones donde se alojaban los obreros.

El grupo de hombres se entregó a la tarea animosamente. Celso cogió un grueso martillo y con toda la fuerza de su juventud comenzó a golpear sobre un yunque de piedra los trozos de wolfram, que bajo el peso de su impulso se iban pulverizando en pequeñas partículas que brillaban al sol de la mañana con un resplandor negro y sedoso.

El tío Belisario era, a la sazón, el capataz de la cuadrilla. Se acercó a donde Celso trabajaba y le preguntó:

—¿Qué, rapaz, vas a salir esta noche con la carga?

Celso tardó en contestar; siguió golpeando las piedras como si meditara la respuesta:

—Me voy a ir... Ya no saco más mineral.

El tío Belisario estaba acostumbrado a estas deserciones. Cuando los hombres reunían algún dinero, pensaban enseguida en marcharse. Empezaban a frecuentarse los encuentros con la Guardia Civil y «aquello» iba tomando un aspecto peligroso. A él esto no le preocupaba demasiado, sabía que otros vendrían a ocupar los puestos que dejaban los ausentes. Pero le había sorprendido la respuesta de Celso porque era uno de los más animosos y al que nunca había oído deseos de partir. Además, era uno de los pocos que se atrevían a sacar el mineral. Por eso —en contra de su costumbre de preguntar mucho— aún le dijo:

—Luego, ¿cuándo te vas?

—Dentro de unos días, antes he de bajar a Oencia a comprar unas cosas.

El tío Belisario le miró de arriba a bajo, y le dió una palmada al tiempo que le decía:

—Rapaz, si algún día vuelves, ya lo sabes: siempre tendrás un puesto entre nosotros.

—Tengo dinero —respondió Celso— y quiero casarme. Arreglaré el molino de mi padre. ¡No pienso volver más!

Las últimas palabras las dijo casi gritando; pero no le oyeron ni los hombres que trabajaban a su lado, ni el tío Belisario que ya se había alejado. El ruido de los martillos, aprisionando el viento contra las piedras, podía más que la sonoridad de sus palabras.

Corría el año 43, la segunda Guerra mundial infestaba con su lengua leprosa el cuerpo de muchas naciones europeas. En Galicia y León los paisanos habían comenzado la explotación clandestina del wolfram. Las naciones beligerantes lo pagaban a un precio

desorbitado. La Peña del Seo, en la comarca del Bierzo, estaba inundada de este mineral. En un principio los aldeanos de los pueblos próximos, sobre todo de Barjas y Oencia, comenzaron a extraer en la superficie pequeñas piedras, luego se hicieron pozos y galerías en busca del mineral. Después, de todas las aldeas del Bierzo, comenzó una verdadera riada de cuadrillas a invadir la Peña; y aquellas tierras, por las que en la imaginación de Gil y Carrasco había corrido «El Señor de Bembibre», se llenaron de nuevos Argonautas, que embarcados en la nave de la aventura y la ambición, iban tras el Vellocinio de Oro, que eran las buenas pesetas que proporcionaban aquellas piedras, que según el decir de algunas viejas tenían el color «do demo». El tío Belisario, como otros muchos, había abandonado el pozo de su mina en Villablino y se había envuelto en el torrente que corría tras el wolframio. Por los pueblos que había cerca de Villafranca y Cacabelos, reclutó una cuadrilla y se había establecido en el lado Este de la Peña, llamado «Val d'Ouro». Celso había sido uno de los que el tío Belisario había arrancado de su trabajo tranquilo y embriagado con las perspectivas de unas ganancias fabulosas.

Allá, en la aldea, tenía una casa pequeña junto a un riachuelo y un molino que triscaba agua espumosa entre sus dos enormes piedras, y hacían crugir bajo su peso los dorados granos de trigo y los morenos de centeno.

Celso llevaba una vida feliz. Cuando no tenía trabajo marchaba río abajo y con su «fisga» sacaba de las aguas truchas esbeltas y brillantes.

Además tenía a Adelaida. Vivía río arriba, cerca de la iglesia. A Celso le gustaba recordar, a menudo, aquellos paseos con Adelaida por la orilla del río, bajo la sombra de los castaños, en las tardes buenas. Y se sonreía al pensar que a él le deleitaba oler el agua que cabía en el hueco de sus manos, porque sabía que, río arriba, Adelaida había arrojado a las aguas las rosas mustias de los búcaros que adornaban su alcoba.

Adelaida era un «buen partido», como decían las viejas comadres de la aldea, que veían con malos ojos aquel noviazgo que consideraban un tanto desigual; Celso era solo el molinero y Adelaida heredaría todas las fincas que Don Isidoro había ido comprando a lo largo de su vida.

Por eso Celso se había animado a venir a la Peña. Quería nivelar algo aquella balanza de fortunas, cuyo desnivel aparecía ante los ojos de sus vecinos como un pecado monstruoso.

...Y aceptó los peores y más arriesgados trabajos, que eran los que más dinero producían. Por la mañana molía el mineral y por la noche, en unión de otros, lo sacaba en caballerías a través del monte. Y aquella

mismo, ataca un veneno con otro veneno—, de que en el fondo está el fango, primero para no adentrarnos y nos olvidemos que resbalando podemos ahogarnos definitivamente, y segundo para recordarnos que todos tenemos nuestros pecados.

Es el éxito de la novelística transcendente de Maxence Van Der Merck en «Cuerpos y almas».

Llamar la atención sobre la corrupción de una sociedad jurídica, de una sociedad artística, de una sociedad médica o política. En una palabra, de una sociedad total. La conclusión no es que todo lo domine lo caótico, sino muy por el contrario, nos advierte que tanto el poso fangoso y la limpia superficie son un todo.

No hay absolutos. Es imposible la nítida limpieza de la superficie sin que al movernos no removamos el fango, que es casi necesariamente parte integrante de ese todo que es el físico elemento.

Nuestro espíritu y nuestro cuerpo, nuestro ángel y nuestro diablo, el mal y el bien, los llevamos mezclados y unidos; unas veces afloran unos sentimientos y otras veces otros. Pretender separarlos y hacerlos de una pieza, absolutamente blancos o negros, es muy difícil, por no decir excepcional.

De ahí el que oscilemos de continuo entre dobles y extremas tendencias, formando un conjunto medio gris y relativo, que es lo normal, e incluso aunque a muchos le cueste creerlo, en esta normalidad está Lola.

Basándonos en esta comprensión del ser humano, e incluso de las cosas que nos rodean, se llega a la tolerancia y al perdón.

Son las fuerzas unificadas que todos llevamos en sí y que en la mayoría de los casos tienden por separarse y por actuar alternativamente, haciéndonos a primera vista en las acciones, complejos y paradójicos.

El Juan de la belleza, de la libertad, de la bohemia, de

lo anormal; es decir, el Juan de Lola, tiene que alternar con el desdoblado Juan «de la oficina, la granja, la radio y todo lo demás».

«Porque somos la cara y cruz de una misma moneda». Ni se ahoga ni se prefiere alguna de las dos formas. Las dos son una y, fatalmente, ambas hay que vivirlas o soñarlas. Somos nuestro Leandro y nuestro Crispín, señor y criado, majestad y pícaro, nobleza y maldad, razón e instinto.

Para escribir obras con tanta vida como esta: «Lola, espejo oscuro», de Darío Fernández Flórez, hay que desdoblarse y desdoblar. Ni negros ni blancos.

Existe la Lola de Capitol, la del chantage, pero también es una realidad la Lola del sanatorio, del hospital y la Lola de Juan, la de amor y belleza.

Lola no tiene moraleja, porque si por un lado está el triunfo en el deber de un hombre, por otro está —rara vez—, el triunfo de una mujer en todos los órdenes de la vida, conseguido con «el embuste trapacero de mañoso hurto, de trato innoble y pecador». Y no hay moraleja porque la dejamos riendo.

¿Por qué esta falta de castigo, gritarán algunos? Porque... «Dios prevee los que han de ser buenos, y los crea; prevee los que han de ser malvados, y los da vida...» (De Gen., ad. litt. 11, 11.).

Y es hora de ir comprendiendo que, cuando las cosas son así, aunque no las comprendamos, lo mejor que podemos hacer es callar, no vaya a ser que los «asuntos importantes» no sean conforme a la humana y limitadísima comprensión, y más cuando un San Pablo en su primera epístola a los corintios (13, 12) ya advierte, dejándonos perplejos: «ahora vemos por un espejo, oscuramente, más entonces veremos cara a cara». Hasta ese entonces, silencio.

FRANCISCO ZARCO MORENO

Dos Publicaciones de la Excelentísima Diputación Provincial de Toledo

«Semblanza de Isabel la Católica a través de su Testamento», por Tomás Sierra Bueno. Toledo. Talleres tipográficos de la Diputación Provincial, 1954.

Al comenzar el V Centenario del Nacimiento de Isabel la Católica, convocó la Excelentísima Corporación Provincial un concurso de trabajos literarios en el que fué premiado D. Tomás Sierra Bueno, Licenciado en Filosofía y Letras. El ensayo meritísimo de nuestro asociado, ha salido a luz pública hace unos meses.

Por su fondo constituye una valiosa aportación a la bibliografía de la gran reina de Castilla. Es la meditación, exacta y apasionada al mismo tiempo, de un joven universitario especializado en estudios de Historia que acota con afinados comentarios cada cláusula testamentaria, en cada una de las cuales se enlaza un tratado de derecho político.

El testamento de Isabel fué definido por Vázquez de Mella, como «Voz de la Raza». En él, afirma certeramente Tomás Sierra, supo esta egregia personalidad «captar sagazmente los problemas de la Patria, sus derivaciones y sus obstáculos. Conoce, por intuición, hija de su abundante experiencia política, qué clase de asechanzas, directas e indirectas, amenazan la integridad de España como nación, y postula ardentemente la unidad espiritual de la Patria bajo el aglutinante de la fe en vínculo estrecho de todas las conciencias.»

Singular valor emotivo y literario tienen los capítulos que dedica a la faceta per-

sonal y extrañable de la Reina «Sierva ante Dios, Señora ante los hombres. Humildades y escrúpulos. Fervor de justicia». Actualidad plena la del capítulo V, en que glosa las palabras «que siempre la princesa, mi hija, y el príncipe su marido, tengan en la Corona Real la ciudad de Gibraltar». «España entera, comenta Sierra, es responsable desde 1704 de un funesto delito de desobediencia al ruego de una Reina que sintió como nadie la difícil realidad de España».

Cada uno de los diecisiete capítulos que componen un tomo de 210 páginas, es un fervoroso homenaje de exaltación hacia aquella figura providencial de nuestra Historia, que desde su testamento sigue dando normas de gobierno a sus amados españoles.

«Toledo, en la Guerra por la Independencia de 1808», por Fernando Jiménez de Gregorio.

Pocas semanas después del libro anteriormente comentado, apareció, editado en los mismos talleres tipográficos, este interesante estudio del Catedrático de Geografía e Historia del Instituto de Enseñanza Media de Murcia, natural de Belvís de la Jara y socio fundador de «Estilo».

Todo un lustro de candente y dinámico contenido patrio (1808-1812) revive bajo estos fascinantes relatos que el ilustre escritor evoca con documentos a la vista.

El temperamento cordialísimo del autor


ha hecho vibrar los datos fríos de los archivos, iluminándolos, como los miniaturistas medievales, con ropajes áureos de personajes, en tercero o cuarto orden para la Historia, pero de fuerte contenido humano para la Patria. Los hermanos Casaña; el batallón de Voluntarios de la Universidad toledana. Bien merecida aquella laureada condecoración que el Catedrático y Secretario del Instituto, Leandro García-Lomas, prometió a su compañero con el escudo de la prestigiosa rueda de Santa Catalina. Aquel último capítulo de la obra: «Los guerrilleros toledanos», que nos recuerda a los héroes alucinados de Goya.

Valiosísimo el Apéndice documental, tomado de los Papeles de la Junta Central, del fondo inédito que sobre la materia se conserva en el Archivo Histórico Nacional.

Y más autorizado que nuestro juicio es el comentario que el gran hispanófilo Mr. Andrés Nougue, Profesor de Lengua Española en la Universidad de Toulouse, nos hizo después de repasar algunas páginas: «Esta obra la lee un francés y termina diciendo: ¡Viva España!»

Ayer y Hoy felicita efusivamente a nuestros asociados Sres. Sierra Bueno y Jiménez de Gregorio, haciendo extensivo el elogio a la Excma. Diputación Provincial de Toledo, a su digno Presidente Ilmo. Sr. D. Tomás Rodríguez Bolonio, a la Comisión de Cultura de la Corporación y al entusiasmo y pericia del Diputado y Catedrático D. José Pastor Gómez, que con tanto acierto dirigió las publicaciones.

CLEMENTE PALENCIA



RAFABL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

